

MENSAJE AL MAR

RICARDO CONTRERAS SUÁREZ

Escritor e investigador literario

Qué hermoso ejercicio me propone mi amiga Margie Ayala: escribir una carta. Una carta desde el confinamiento, dice. Escribir una carta sin destinatario preciso. Una carta al viento. Una carta a la deriva de los días. Una carta como esas que se lanzaban dentro de una botella en medio del mar con un mensaje urgente. “SOS”, “necesito ayuda”, decía usualmente el papelito. Pero, ¿dónde buscar a quien lanza un papel así al mar? Solo queda la noción, para el desprevenido lector del mensaje en la botella, de que hay alguien que necesita ayuda, y que no se puede hacer más que saber eso, y sentir la angustia de no poder hacer nada. Una carta y la inmensidad. Un puñado de palabras navegando en este otro mar que es la internet. Y dentro de mis palabras yo, oculto y revelado. Y en cada sonido de cada palabra un latido, un teclear en medio de este silencio, una respiración expectante.

Pienso en la carta, en mi confinamiento, quiero hablar. Lo primero que me atrajo del confinamiento fue el reverdecer de la ciudad. Vivo en Medellín, una ciudad rodeada por montañas, como la ciudad en la que nací, Pamplona. Las montañas y todos sus verdes han sido para mí una visión permanente. “Salir de estas cuatro montañas” se dice, a veces, despectivamente, pues algunos consideran que la montaña entorpece el horizonte, hace el pensamiento reducido, enclaustrado, miope. ¡Qué gran error! La montaña nos obliga a mirar su falda y sus picos. Cuando veo la falda de las montañas recuerdo que todo reposa sobre algo más grande. Que la montaña como un árbol tiene raíces, y que las mías están aquí, en esta tierra, en mi familia, con mis amigos. Cuando diviso sus picos contemplo la línea que separa el verde del azul del cielo, y entonces pienso en la inmensidad, en lo que ya no es montaña, sino que es infinito en la lejanía de todo. Como las ventanas de Baudelaire, que revelan más cuando están cerradas que cuando están abiertas, las montañas dan mucho más que los valles, pues tras su inmensidad se esconde siempre un enigma. Una tierra de gigantes, pensaba yo cuando era niño. Pero también los misterios de la vida. Todos los hombres y las mujeres que no son como yo, todos los nacimientos y todas las muertes, todos los ríos y los valles y los desiertos y las selvas, todo está tras estas montañas, la vida que regurgita tras la salida del sol; la noche que nace en el aullido lejano.

Cuando digo la noche pienso en las sombras que borran las montañas y la fe que ella despierta: la montaña permanece a pesar de que no la veo. Mañana estará ahí, me digo, y esa esperanza es de las pocas que aguardo. Es por ello que ese reverdecer que ha tenido la ciudad y sus montañas, me ha impactado profundamente. Apenas a un par de semanas del confinamiento el cielo era más claro y el aire más puro. Cantos de pájaros que jamás había escuchado se hacían presentes y los árboles destellaban vuelos amarillos, azules, verdes y rojos, como una pintura que se estuviera ejecutando en el aire. Recuerdo entonces las palabras de Pepe Mujica cuando dijo que Colombia era el jolgorio de la clorofila y me siento feliz de ser testigo de esta fiesta. Pienso inmediatamente después en aquel cuento de Alphonse Daudet en el que una ciudad desaparece consumida por el bosque. Al principio, pequeñas manchas verdes en el piso, en las ventanas, sobre las cosas. Luego el follaje extendiéndose sobre todo, devorando techos y muebles, herramientas y ropajes, apoderándose rabiosamente de la ciudad. Por un instante me gustaría que fuera así. Lo pienso y me sumerjo en el verde de la montaña. Si fuera devorado por aquella mancha, ¿qué tono de verde daría yo?

Al instante me acecha otra inquietud: por acá todo se ha hecho soledad y silencio. Me asalta una imagen, esta es una preparación para la vejez. Veo noticias y repiten incesantemente que los mayores de setenta años no pueden salir ni recibir visitas. ¡Qué aislamiento tan puro! De algún modo me da por pensar que igual la vejez tiene algo de esto, algo de resignación en la soledad, algo de aislamiento del mundo, algo de quietud y de distancia. Un político de otro país asegura que los ancianos deberían sacrificarse para que la economía funcione. ¡Qué barbaridad! Me aterra tener que envejecer en este mundo y siento nuevamente que esta es mi preparación para la vejez, con la muerte esperando tras la puerta, sin que nadie me visite, sin poder visitar a nadie, mas ¡qué bien se aprecia el silencio! ¡Cuánto gusto da la ausencia de ruido! ¡Cuánto placer en el tejido de canto de las aves! Y si la mancha verde llegara, ¿de qué verde sería mi vejez?

Entonces me dirijo a la biblioteca, a ese país que he construido tomo a tomo, a ese rincón en el que se borra mi exilio. Esta vida que voy llevando es una vida callada, casi secreta. Deseo que si estos son mis últimos días continúen así, en calma interior, tras libros sobre los cuales descansar mi mirada, en busca de conversaciones que nunca he tenido y que, sin embargo, me pertenecen más que este mundo. Recuerdo entonces que Nicolás Gómez Dávila expresó este mismo sentimiento con mejores palabras: “Vivir la vida con lucidez, una vida sencilla, callada, discreta, entre libros inteligentes, amando a unos pocos seres”. Nada más que agregar. Esta carta no tiene un propósito definido, porque esta carta es como la vida misma. Y como la vida termina, así esta carta va llegando a su fin. Miro el horizonte y nada deseo. Los verdes siguen ahí, a pesar de nosotros, a pesar de nuestro miedo. En el cuarto una silueta se dibuja. Es el rostro amado que me aguarda, y esa espera es el verde más profundo que he conocido jamás.

Lanzo esta carta al mar y aguardo. ■